



RELACION HISTORICA

en que se refiere la peregrina y trágica vida de la penitente
anacoreta, la Princesa de Brabante,

SANTA GENOVEVA.

SACADA DE LA VERÍDICA HISTORIA DE LA MISMA SANTA.

PRIMERA PARTE.

No canto fingidos hechos,
ni invento falsas novelas,
que endoradas copas brinda
estrágos á la inocencia.
Canto solo para dar

un diseño, donde vea
el mundo todo que Dios,
amoroso Padre, vela,
favoreciendo al que sigue
de sus preceptos la senda

Cuanto la trágica vida
de una singular Princesa,
cuyos prodigios agotan
los rios de la elocuencia.
De los duques de Brabante,
cuya antigua estirpe régia
produce con los laureles
enlazadas las diademas,
nació un ángel de hermosura,
de los que naturaleza
gasta un siglo en producir,
pues en ellos solo ostenta
acumular perfecciones
que el sexo frágil desmienta.
Por el agua del Bautismo
subió á superior esfera,
siendo ángel de su alma
la que en su cuerpo lo era.
Apeticion de los duques,
su nombre fue Genoveva,
aunque despues el de ángel
se mereció por sus prendas.
Crióse en la tierna edad
dando tan sensibles muestras
de su gracia y su donaire,
que todos á competencia
admiraban ver unidas
en una edad tan tierna,
discrecion de muchos años,
y de pocos la inocencia.
Apenas empezó á andar,
cuando dió muy claras muestras,
que al retiro y soledad
la destinaba su estrella.
Con este objeto, á un jardin
donde Flora y Amaltéa
empeñaron sus pinceles
para ostentar su destreza,
halló un sitio retirado
entretegido de yervas.
Allí formó una capilla
de mil primores compuesta;
y es hizo un altarito,

á ofrecer al Redentor
primicias de su inocencia.
Esta fue su diversion;
y á su culto siempre atenta,
no dió lugar á los juegos
que lleva la edad primera.
Así vivió entretenida,
hasta que su fama vuela
por el orbe, despertando
príncipes que la pretendan.
Muchos al duque su padre,
con muy rendidas ofertas
la pidieron por esposa.
Solo pudo merecerla
el gran conde Palatino
Sigifredo, cuyas prendas
aun mayores que la fama,
compiten con su nobleza.
Celebráronse las bodas,
displicente Genoveva,
que amaba mas su retiro,
y solo por obediencia
trocó en brazos de Himeneo
el puro esplendor de Vesta.
Vivieron algunos años
disfrutando la riqueza,
con que afable la fortuna
les brindaba á manos llenas;
hasta que le fue preciso
á Sigifredo la ausencia,
por reprimir el orgullo
con que la africana secta
intentaba enarbolar
en la Galia sus banderas.
No espresaré los suspiros
con que sintió Genoveva
la marcha de su marido
á tan peligrosa guerra:
baste decir que le amaba
que el pecho donde amor reina,
mas sabe sufrir la muerte
que tolerar una ausencia.
Tiene el conde un mayordomo

á este encarga que cuide
con esmero y diligencia
de su esposa pues se parte
dejándose el alma con ella.
Alegrose el mayordomo,
y con traidora reserva,
ofrece rendido al conde
atender á Genoveva.
¡Oh pobre inocente conde!
¡ojalá no te partieras,
pues tienes mayor contrario
en tu casa que en la guerra!
Ausentóse en fin, el conde,
quedándose la condesa
en cinta de pocos meses,
y el mayordomo que encuentra
la ocasión que pretendia,
soltó á su furor la rienda.
Primero disimulaba,
por no atreverse á la esfera
de tanto sol, contemplando,
que son sus alas de cera;
mas como nunca el fuego
puede ocultar su fuerza,
en muy estudiadas voces
declaró á Genoveva
el incendio que ocultaba:
pero siempre la princesa
disimulaba advertida,
creyendo que á la insolencia
suele ser freno el desprecio;
mas se engañó, pues empieza
sin embozo el mayordomo
á conquistar su pureza,
hasta tanto que furioso
un dia en su cuarto entra
con un puñal en la mano,
diciendo de esta manera:
señora, no es atrevido
el que fino amante llega
á explicar aquel incendio,
que por sí se manifiesta.
Yo vivo por ti muriendo,
y por aliviar mi pena

he resuelto declararme,
pues es preciso que vea
logrado el fin de mis áncias,
ó que de una vez perezca
á los filos de este acero:
en tus manos, gran princesa,
está mi vida ó mi muerte...
Aun no dejó Genoveva
que acabara el mayordomo
de declarar su insolencia,
cuando con un santo enojo
desató su pura lengua,
diciendo; loco, atrevido,
¿es esta aquella promesa
con que ofreciste á mi esposo
servirme mientras su ausencia?
Vete de aqui si no quieres,
(indigno de mi presencia)
que llamando á los criados,
castiguen tal desvergüenza.
Ausentóse el mayordomo,
mas como rabiosa fiera
intenta viles venganzas
por ver frustrada su idea;
y así un dia á los criados
llama con grande reserva,
y les dice: amigos míos,
ya es preciso que mi lengua
publique lo que ocultara
si tan público no fuera.
Sabed, que rotas las leyes
de cristiandad y nobleza,
vive mal entretenida
la Princesa Genoveva,
con un infame criado
hombre de muy baja esfera.
La deshonra es ya notoria,
y temo que el conde sepa
lo que pasa en su palacio
antes que yo le dé cuenta.
Mi dictámen es que al punto
este criado se prenda,
y que en una oculta sala
pongamos á la princesa,

hasta dar aviso al conde.
Ejecutó su sentencia
el ingrato mayordomo,
y envia con diligencia
un posta, para que al conde
del suceso diese cuenta.
Dejemos marchar al posta,
y vamos á la condesa.
Apenas se vió encerrada,
cuanto en lágrimas deshecha
suspira quejosa al Cielo,
implorando su clemencia.
¿Qué delito he cometido
(decia con dulces quejas,)
¡oh Dios! para que así trateis
á esta humilde esclava vuestra?
Pero si es, Señor, tu gusto
acrisolarme con penas,
vengan mas y mas trabajos,
que ya me doy por contenta
en saber que yo padezco,
porque tú, mi Dios lo ordenas.
Mas creciendo sus fatigas
conoció de que se llega
el parto, sin tener nadie
que pudiese socorrerla,
y así sola entre suspiros,
entre sollozos y penas,
dió á luz un hermoso infante

heredero de su estrella;
pues aun antes de nacer
ya tenia la sentencia
de muerte, que el mayordomo
por culpar á la inocencia,
y dar color á su engaño,
pulicó que el niño era
parto de los torpes lazos
en que estaba la condesa.
Apenas le vió nacido
sobre la desnuda tierra,
la triste madre le dice:
verdaderamente, apenas
naces, hijo, cuando empiezas
á padecer la tormenta
en que naufraga tu madre,
y has de ser en la tragedia
cómplice de mi infortunio,
porque así el Cielo lo ordena:
y ya que en este desamparo
no puedo aliviarte, espera,
te daré lo que mas vale
alistándote en la iglesia.
En este devoto empleo
dejemos á Genoveva,
y en la segunda parte
daré fin á la tragedia,
de la penitente vida
de esta gloriosa princesa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE,

SEGUNDA PARTE.

En que se dá fin á la peregrina historia de la virtuosa princesa de Brabante Santa Genoveva.

Militaba Sigifredo
contra la tropa agarena
dando asuntos á la fama,
y triunfos á sus banderas,
cuando recibió del posta
la carta en que le cuenta
el mayordomo el enredo
con que culpó á Genoveva.
Apenas la leyó el conde
cuando como cruel fiera
saliendo de sí furioso,
esclamó; ¡oh vil princesa!
¿así miras por mi honor
al tiempo que yo en la guerra,
con mi propia sangre añado
nuevo lustre á tu nobleza?
¿Es posible que así pagues
el amor y la fineza
con que siempre te he querido?
¿Qué se hizo tu firmeza?
Mas ¿qué es esto que me pasa?
No, no es posible que quepa
tal desórden en mi esposa,
mas pura que las estrellas.
Pero, ¿cómo no ha de ser,
si lo dice por mi afrenta
ese infante que es aborto
de su torpe incontinencia?
¡Oh tirana! yo te ofrezco
el darte la recompensa
por tu loco desvanecimiento,

Así dijo y con presteza
escribió, y despacho al posta
con una carta que entrega
el mayordomo, en que el conde
manda que con gran cautela
al criado den la muerte,
y que luego á Genoveva
con el hijo que ha parido
los retiren á una sierra
donde les quiten las vidas:
y que se traigan por señas
de que queda ejecutado,
la lengua de la princesa.
Alegróse el mayordomo
con estas infaustas nuevas,
y al punto dió al criado
una bebida en que beba
sin ser sentida la muerte:
y manda que á Genoveva
le avisen que se prepare,
que está su muerte muy cerca.
Lleváronla la noticia,
á esta inocente princesa,
y bañada en tierno llanto...
arroja al Cielo sus quejas,
diciendo: ¡Jesus piadoso,
es justo que la inocencia
padezca tales rigores
á manos de la insolencia!
Si acaso os he ofendido,
pague yo sola la pena:

pero este inocente niño,
¿que culpa tiene, que ofensa
pudo cometer naciendo,
sino nacer de mi misma?
¡Ay hijo de mis entrañas
que has venido ha pasar penas
por nacer de una infeliz!
Mas detente, infame lengua,
que quiero morir gustosa,
su puesto que así lo ordena
aquel Dios, á quien he dado,
de mi amor la mejor prenda.
Mientras esto, el mayordomo
á dos cridos les ordena,
que con disimulo saquen
hacia un bosque á la princesa
con su hijo, y que á los dos
les dén la muerte que espresa
en su carta Sigifredo,
para vengar sus afrentas.
Obedecen los criados,
y á estos dos corderos llevan
para ser sacrificados.
Aquí enmudece mi lengua,
aquí faltan los sentidos
y el corazon titubea
al oír el dulce llanto,
los suspiros y las quejas,
con que humilde se despide
de su casa Genoveva.
A Dios, hermanos (decia),
á Dios montes, á Dios, selvas:
á Dios, pátria amada mia:
á Dios, amigos, que es fuerza
obedecer á mi esposo,
llorad tristes, mis exéquias,
y sedme fieles testigos.
que mantuve la firmeza,
que á tal esposo debía.
Con esto llegó á la breña,
destinada para campo
de tan funesta tragedia.
Paráronse los criados,
y la dicen; Genoveva,

como mandados, venimos
á ejecutar la sentencia
que manda el conde, tu esposo;
y así es preciso que muera
este niño y luego tú
la misma suerte padezcas:
dijeron: y al dar el golpe
en aquella planta tierna,
les dijo la triste madre
detened, si no sois fieras,
ese golpe en mi primero,
ese agudo acero hiera
y no querais que una triste,
duplicada muerte tenga
viendo morir á mi hijo.
Mas por alta providencia
los criados se conduelen,
y entre si mismo conciertan
dejar vivos á los dos
en aquella oculta tierra.
Así lo hicieron, llevando
al mayordomo la lengua
de un perro, con que ocultaron
su compasiva clemencia.
Quedáronse los dos solos
en la entrincada maleza
de aquel monte sin tener
mas abrigo que las peñas,
mas amparo que el del Cielo,
ni mas compañía que fieras.
Anduvieron algun poco
al eco de una risueña
fuente que los convidaba
con sus cristalinas perlas.
Se acercó la triste madre,
y reparó que allí cerca,
se ocultaba entre unas ramas
una retirada cueva.
Alegróse por hallar
algun sitio donde pueda
reclinar al tierno infante,
suguro de tantas fieras.
Levantó al Cielo los ojos,
y agradeció con fineza

encontrar algun amparo
contra tantas inclemencias.
En este tiempo repara
que por la celeste esfera
bajó un ángel que en sus manos
trae la imágen perfecta
de JESUS crucificado,
y llegándose á la cueva,
le dice en dulces palabras,
ea amada Genoveva,
por mas penas que te sigan,
por mas trabajos que tengas,
los endulzará JESUS
con la sangre de sus venas.
En él hallarás alivio,
veslo, aquí lo dejo en prenda
de que no te desampara,
vive en Dios, con él te quedas.
Desapareciendo el ángel,
quedó la santa princesa
tan alentada, que todos
los trabajos é inclemencias
los llevaba con mas gusto
que su perdida grandeza.
Así pasó algunos dias
manteniéndose con yervas,
con que llegó á tal estado,
que perdida la belleza
de su rostro, aun no era sombra
de su antigua gentileza;
pero lo que mas la aflige
es que la mucha abstinencia
la debilita de modo
que falta á sus pechos néctar
conque mantener al niño
que con llantos y con señas
la pedia de mamar;
y acudiendo á la clemencia
de Cristo crucificado
reparó que hácia la cueva
se venia presurosa
una muy hermosa cierva,
y acercándose al niño
le dió de mamar halagüena.

Con este raro prodigio
se consoló Genoveva
y mas viendo que dos veces
en cada dia la cierva
daba de mamar al niño.
Dejemos á la princesa
y vamos á Sigifredo
que concluida la guerra
se volvía á su palacio,
sin apartar de su idea
la muerte que mandó dar
á su amada Genoveva.
Andaba siempre confuso
culpando su ligereza
de mandar quitar la vida
sin examinar las pruebas.
Los amigos le acompañan
y piden que se divierta.
A este fin dispuso un dia
irse á un bosque, donde pueda
divertir su pensamiento
en la gustosa tarea
de la caza; y convidando
á sus parientes, se acercan
á un monte, y á pocos pasos
descubrió el conde una cierva
que medrosa se retira;
y Sigifredo se empeña
en seguirla, hasta tanto
que se ampró de una cueva
á donde llevaba al conde
la Divina Providencia.
Desmontóse del caballo,
para hallar con mas presteza
la cierva que perseguía,
y muy cerca de la puerta
divisa un bulto, y dudando
si era hombre ó si era fiera,
entre confuso y turbado,
le preguntó que quien era;
entonces anegada en llanto,
le respondió la princesa.
Soy una infeliz mujer,
á quien trajo á esta aspereza

el haber sido constante;
y por escusar molestias,
digo de una vez que soy
la infelice Genoveva.
Apenas la escuchó el conde,
cuando postrado en la tierra,
la pide que le perdone,
diciéndola; ¡oh gran princesa!
yo soy quien tiene la culpa,
pôr creer con ligereza
delitos donde no caben:
perdóname, amada prenda,
y á trueque de hallarte viva;
cesen pasadas ofensas.
Convocó á los compañeros
y del caso les da cuenta;
vinieron á la ciudad,
y con suntuosas fiestas
celebraron el hallazgo
del infante y la princesa.
Luego al punto mandó el conde
que al mayordomo se prenda
que atado á cuatro brutos,
pague el infame la pena
de haber supuesto un delito
contra tan santa princesa.
Poco el gusto les duró

porque la mucha abstinencia
que por casi siete años
padeció esta gran princesa,
la redujo á tal estado,
que sin poder socorrerla,
llegó el trance de la muerte;
porque es preciso que tengan
su premio tantos trabajos
y goce de gloria eterna.
Sintiólo en extremo el conde,
que fino amante quisiera
morir tambien con su esposa
por no morir de pena.
Y viendo cuán poco dura
de este mundo la grandeza,
se retiró con su hijo
á una religion austera,
donde haciendo santa vida,
fueran á gozar la eterna.
Esta es la admirable historia
de la trágica princesa
de Brabante, cuya vida
la santa romana Iglesia
nos propone para ejemplo.
Pidamos que nos defienda
de traidores enemigos,
y de tan nocivas lenguas.

